



EN VENTA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" A2 1837
Código: 1625 MONTERREY, MEXICO

QUÉ delicia andar á pie á la salida del sol, á través de los campos cubiertos de rocío y á la orilla del mar en calma!

¡Qué delicia! Todo agrada, todo sonrío: la luz, la frescura, el aire ligero.

¿Por qué guardamos tanto el recuerdo profundo de ciertos minutos de amor con la tierra, el recuerdo de una sensación deliciosa y rápida, la caricia de un paisaje hallado á la revuelta de un camino, á la entrada de un valle, á la orilla de un río, como se hallaría una complaciente mujer?

Recuerdo un día, entre otros. Avanzaba yo á lo largo de la costa bretona, hacia el cabo Finisterre. Avanzaba sin la menor preocupación, rápidamente, bordeando el Océano tranquilo. Era en las cercanías de Quinsperlé, en la región más hermosa y suave de la Bretaña.

Una mañana de primavera, una de esas mañanas que nos rejuvenecen volviéndonos á los veinte años, resucitando nuestras esperanzas y nuestros

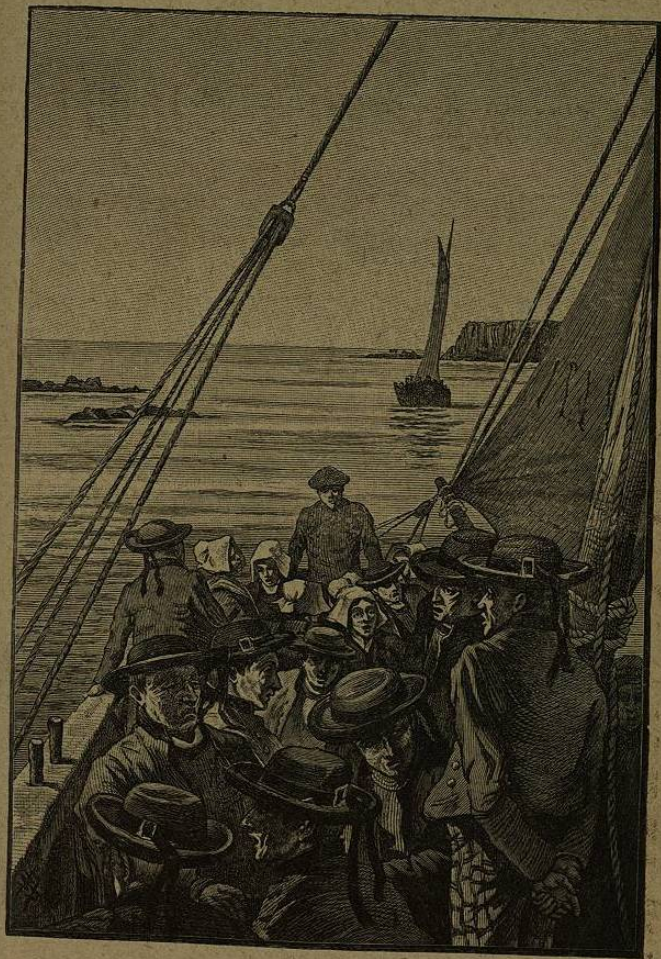
ensueños de adolescentes, avanzaba yo por un camino apenas indicado entre los trigos y el agua.

Las espigas del sembrado estaban inmóviles y las aguas del mar se movían apenas. Sentíanse perfectamente los perfumes de la cosecha madura y de las algas marinas. Avanzaba yo sin preocupaciones, andando rápidamente, siguiendo sin cesar mi viaje, comenzado quince días antes: un paseo por toda la costa de Bretaña. Sintiéndome fuerte, ágil, dichoso y alegre, avanzaba.

Sí, avanzaba sin preocupaciones. ¿Por qué preocuparse en esas horas de alegría inconsciente, profunda, carnal, goce de bestia que corre por los prados ó que vuela en el espacio azul bajo el sol? Oí cantos religiosos á lo lejos. Imaginé que sería una procesión; era domingo. Pero al ganar un pequeño risco, descubrí cinco barcas pescadoras llenas de hombres, de mujeres y de niños que iban al perdón de Plouneven.

Bordeaban la costa suavemente arrastrados por una brisa blanda que tan pronto hinchaba un poco las oscuras velas, como las dejaba caer lacias á lo largo de los palos.

Las pesadas barcas resbalaban lentamente hundidas por el peso de la muchedumbre que conducían. Todos cantaban. Los hombres de pie con la cabeza cubierta por grandes sombreros, lanzaban sus notas potentes; las mujeres gritaban sus notas



agudas, y las voces de los niños parecían desafinaciones chillonas de flauta entre aquel piadoso y violento clamor. Los pasajeros de las cinco barcas entonaban el mismo cántico, elevándose en la inmensidad plácida del cielo su monótono ritmo; y las cinco barcas iban la una detrás de la otra, muy cerca la una de la otra.

Pasaron delante de mí, las vi alejarse; fuéronse debilitando las voces y extinguióse por fin el cántico.

En el silencio imaginé delirios deliciosos, como los imaginan los jóvenes, de una manera pueril y encantadora.

¡Qué pronto pasa esa edad del ensueño, la única edad feliz de la existencia! Nunca se vive sólo, nunca se vive triste, nunca taciturno, ni desesperado, cuando se lleva dentro de sí el divino poder de sumergirse en ilusiones. ¡Qué mundo de hadas aquel donde se realizan las alucinaciones del pensamiento! ¡Qué vida tan hermosa cuando la adornan las esperanzas! ¡Ay, todo esto acabó ya!

¿En qué pensaba yo entonces? En lo que siempre se aguarda y siempre se desea: en la fortuna, en la gloria, en la mujer.

Avanzaba rápidamente, acariciando las espigas doradas de los trigos que se inclinaban bajo mis dedos y me hacían cosquillas, como hubiese acariciado una cabecita rubia.

Gané un pequeño promontorio, divisando en el

fondo de una playa, estrecha y circular, una casita blanca construída sobre la última de tres terrazas que se escalonaban descendiendo hasta el borde del mar.

¿Por qué la vista de aquella casa me hizo estremecer de gozo? ¿Puedo saberlo acaso? A veces viajando así, descúbrense cosas que, siendo nuevas, hacen la impresión de muy conocidas; de tal modo se nos ofrecen familiares y á tal punto nos agradan. ¿Es posible que no las hayamos visto nunca? ¿Es posible que no hayan formado parte de nuestra vida? Todo nos seduce, todo nos encanta: la suave línea del horizonte, la disposición de los árboles, el color del suelo.

¡Oh! La preciosa casa construída en lo alto de las terrazas, donde crecían árboles frutales y flores diversas.

Me detuve preocupado por el amor que me inspiraba aquel retiro. ¡Con qué gusto hubiera vivido siempre allí!

Acerquéme á la puerta, emocionado, con el corazón palpitante y vi en la reja un letrero que decía: *Se vende*. Sentí una sacudida de gozo como si me ofrecieran, como si me regalaran de pronto aquel retiro. ¿Por qué me alegraba? Sí. ¿Por qué? Lo ignoro.

Se vende. Luego en realidad no era de nadie, podía ser de cualquiera, podía ser mía. ¿Por qué mi

gozo, la sensación de gozo profundo, inexplicable, si estaba yo seguro de no comprarla? ¿Cómo la hubiera pagado? No importa. *Se vendía*. El pájaro



en su jaula pertenece á un dueño; el pájaro libre puede ser mío, porque no es de nadie.

Entré en el jardín, un bonito jardín con muchas flores y con muchas higueras.

Cuando estuve en la parte más alta, miré al ho-

rizonte: la pequeña playa se extendía á mis pies, circular y arenosa, separada del mar inmenso por un peñasco negruzco donde debían estrellarse las olas en tiempo borrascoso.

Al extremo, dos piedras enormes, una de pie y otra echada, como un menhir y un dolmen, semejantes á dos esposos extraños, inmovilizados por un maleficio, parecían mirar constantemente la casita que vieron construir ellos, habitadores desde algunos siglos de aquella bahía solitaria; la casita que verían desmoronarse, hundirse, hacerse polvo, desaparecer; la casita en venta.

¡Oh viejo dolmen! ¡Oh viejo menhir, cómo atraíais mi corazón!

Llamé á la puerta como hubiera llamado á la de mi casa. Una mujer salió, una criada, una vieja criada vestida de negro con su cofia blanca y aspecto monjil. Me pareció que también la conocía, y le dije:

—¿Usted no es de Bretaña, verdad?

Ella me respondió:

—No, caballero; soy de Lorena. ¿Viene usted á ver la casa?

—Sí; á eso vengo.

Y entré. Me parecía reconocerlo todo: las paredes y los muebles. Casi me sorprendió no hallar mis bastones en el vestíbulo. Entré en el saloncito, un elegante saloncito bañado en luz por tres ventanas

que daban al mar. Vi sobre la chimenea, entre porcelanas de china, un retrato fotográfico de mujer; me acerqué á verlo, seguro de que también la reconocería. La reconocí, aunque no estaba cierto de haberla visto jamás. Pero era *ella*, ella misma, la que yo deseaba, la que yo aguardaba, la que yo buscaba; sí, era la misma, cuyo semblante me obsesionó en todos mis ensueños. *Ella*, era ella; la que se busca siempre y en todas partes, la que deseamos ver en la calle y á todas horas, la que adivinamos en los caminos cuando vemos aparecer á lo lejos, en el campo, una sombrilla roja, la que sin duda llegó antes que nosotros al hotel donde nos apeamos, la que debiera estar en el vagón donde subimos y en la sala cuya puerta se abre para dejarnos paso.

Era ella seguramente; sin duda era *ella*.

La reconocí en sus ojos que me miraban, en sus cabellos peinados á la inglesa, en su boca, sobre todo, en la sonrisa de sus labios que imaginé antes muchas veces.

Contemplando el retrato pregunté:

—¿Quién es esta mujer?

La criada, con aspecto conventual, me respondió secamente:

—Es la señora.

Insistí preguntando:

—¿La dueña de la casa?

La criada entonces dijo con expresión devota y dura:

—¡No! No, señor.

Sentándome dije:

—Cuénteme usted lo que pasa.

La criada quedó sorprendida, inmóvil y silenciosa.

Insistí:

—¿No es la dueña de la casa?

—No, señor.

—¿Pues de quién es la casa?

—De mi amo, el señor Tournelle.

Señalé con el dedo la fotografía:

—Y esta mujer, ¿quién es?

—Es la señora.

—¿Pero no es la esposa del amo de la casa?

—No, señor.

—Entonces, la querida.

La beata no respondió.

Unos celos vagos, un odio confuso contra el hombre que había encontrado, poseído aquella mujer, me sobrecogieron y pregunté:

—¿Dónde están ahora?

La criada murmuró:

—El amo está en París; la señora no sé á dónde habrá ido.

Sentí un estremecimiento.

—¡Ah! ¿No están juntos?

—No, señor.

Poniendo en juego una malicia, dije con voz grave:

—Cuénteme lo que ha sucedido; acaso pueda yo ser útil á su amo. Conozco bien á esa mujer; es mala.

La vieja criada me miró y la expresión de mi rostro debió inspirarle confianza.

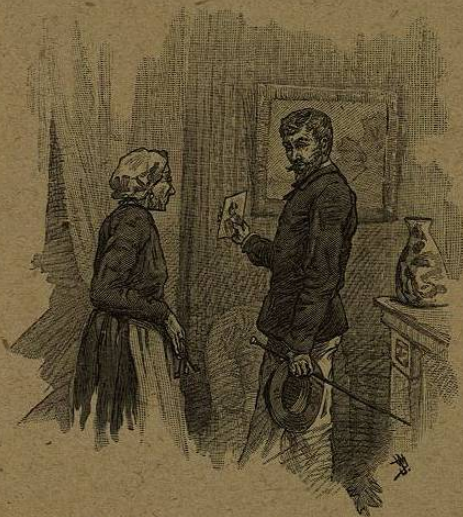
—¡Oh, caballero! La señora hizo á mi amo muy desdichado. La conoció en Italia y la trajo aquí, como si estuviese casado con ella. La señora cantaba muy bien. Mi amo la quería mucho; ¡daba pena verle! Vinieron á esta playa el año pasado y vieron esta casa, que sin duda fué construída por algún loco; se necesita estar loco de remate para construir una casa como ésta, lejos del pueblo. La señora quiso comprarla en seguida para vivir en ella con mi amo, el cual en seguida la compró para complacerla. Vivieron aquí todo el verano y casi todo el invierno. Y luego, de pronto, una mañana, á la hora del almuerzo, me llamó el amo y me dijo: «Serafina, ¿la señora no ha vuelto aún?» Yo le dije: «No ha vuelto aún» Y aguardó todo el día. Mi amo estaba furioso. La buscó por todas partes, inútilmente. La señora se había ido, caballero, y nunca supimos cómo ni á dónde.

¡Qué alegría sentí! Tuve deseos de abrazar á la beata y darle unos valsones por el saloncito.

¡Ah! Ella, la mujer adorada, se había ido, se había escapado, le abandonó fatigada, cansada... Esta idea me hacía feliz.

La criada prosiguió:

—Mi amo se moría de pena y ha vuelto á Paris,



dejándome aquí para vender la casa. Pide veinte mil francos.

Yo no la oía. Pensaba en *ella*. Y de pronto me pareció que al salir de la casa la encontraría; que la mujer encantadora volvía para visitar, durante la primavera, su retiro, su precioso retiro que le hubiera sido tan agradable *sin él*.

Puse diez francos en la mano de la vieja; cogí la fotografía y escapé, corriendo y besando el rostro de aquella imagen encantadora.

Proseguí mi camino mirando el retrato.

¡Qué gusto, pensar que la mujer aquella era libre y se hallaba en salvo! Seguramente nos encontraríamos aquel mismo día, ó al otro; si no, á la otra semana. Era seguro que debíamos encontrarnos alguna vez. Para eso, nada más que para eso, se había separado de su amante.

Y era libre, libre del todo. Sólo faltaba que nos encontrásemos, puesto que yo la conocía bien.

Acariciando nuevamente las doradas espigas del trigo, absorbía el aire del mar, que me hinchaba el pecho y sentía la caricia del sol en mi rostro. Avanzaba rápidamente, radiante de dicha, de entusiasmo, de esperanza. Avanzaba, seguro de que la encontraría pronto y volveríamos los dos á cobijarnos bajo el techo de nuestra bonita casa *en venta*.

¡Cuánto la gustaría vivir allí conmigo!



LA DESCONOCIDA

I

HABLÁBAMOS de afortunadas aventuras, y cada cual refería una historia extraña: sorprendentes y deliciosos encuentros en vapores, en hoteles, en el extranjero, en las playas. Las playas, al decir de Roger de Annettes, eran muy propicias á lances amorosos.

Goutran, que hasta entonces callaba, fué consultado.

—París ofrece, como ningún otro lugar, singulares caprichos. Sucede con las mujeres como con otras muchas cosas; las estimamos y nos sorprenden más donde no suponemos hallarlas; pero realmente sólo en París acontecen extrañas aventuras.

Callóse un momento y prosiguió:

—¡Caramba! ¡Es curiosísimo! Echense á la calle una mañana de primavera. Las mujeres que transitan parecen capullos recién abiertos. ¡Ah! ¡Qué delicioso espectáculo! Todo huele á violeta; los carri-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALF. N.º 10. 16. YLS"
Apto. 1623 MONTERREY, MEXICO